

Mijaíl Bulgákov

El maestro
y Margarita

Traducción de
Amaya Lacasa Sancha

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Master i Margarita*

Primera edición: mayo de 2026

Ilustración y diseño de cubierta: Tatiana Boyko

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Amaya Lacasa Sancha, 1968

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-257-3

Depósito legal: M-3180-2026

Composición: Grupo Anaya

Impreso en España - *Printed in Spain*

–Aún así, dime quién eres.

–Una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y que siempre practica el bien.

GOETHE, *Fausto*

Libro primero

No hable nunca con desconocidos

A la hora de más calor de una puesta de sol primaveral en «Los Estanques del Patriarca» aparecieron dos ciudadanos. El primero, de unos cuarenta años, vestido con un traje gris de verano, era pequeño, moreno, bien alimentado y calvo. Tenía en la mano un sombrero aceptable en forma de bollo, y decoraban su cara, cuidadosamente afeitada, un par de gafas extraordinariamente grandes, de montura de concha negra. El otro, un joven ancho de hombros, algo pelirrojo y desgredado, con una gorra de cuadros echada hacia atrás, vestía camisa de *cow-boy*, un pantalón blanco arrugado como un higo y alpargatas negras.

El primero era nada menos que Mijaíl Alexándrovich Berlioz, redactor de una voluminosa revista literaria y presidente de la dirección de una de las más importantes asociaciones moscovitas de literatos, que llevaba el nombre compuesto de MASSOLIT*; y el joven que le acompañaba era el poeta Iván Nikoláyevich Ponirev, que escribía con el seudónimo de *Desamparado*.

Al llegar a la sombra de unos tilos apenas verdes, los escritores se lanzaron hacia una caseta llamativamente pintada donde se leía: «Cervezas y refrescos».

Ah, sí, es preciso señalar la primera particularidad de esta siniestra tarde de mayo. No había un alma junto a la

* Nombre compuesto que quiere decir «literatura de masas». (N. de la T.)

caseta, ni en todo el bulevar, paralelo a la Málaya Brónnaya. A esa hora, cuando parecía que no había fuerzas ni para respirar, cuando el sol, después de haber caldeado Moscú, se derrumbaba en un vaho seco detrás de la Sadóvaya, nadie pasaba bajo los tilos, nadie se sentaba en un banco: el bulevar estaba desierto.

–Agua mineral, por favor –pidió Berlioz.

–No tengo –dijo la mujer de la caseta como ofendida.

–¿Tiene cerveza? –inquirió Desamparado con voz ronca.

–La traen para la noche –contestó la mujer.

–¿Qué tiene? –preguntó Berlioz.

–Refresco de albaricoque. Pero no está frío –dijo ella.

–Bueno, sívalo como esté.

El sucedáneo de albaricoque formó abundante espuma amarilla y el aire empezó a oler a peluquería.

Después de refrescarse, a los literatos les dio hipo. Pagaron y se sentaron en un banco mirando hacia el estanque, de espaldas a la Brónnaya.

En este momento ocurrió la segunda particularidad, que concernía exclusivamente a Berlioz. De pronto se le cortó el hipo; le dio un vuelco el corazón, que por un instante pareció hundírsele; sintió que volvía luego, pero como si le hubieran clavado en él una aguja, y a Berlioz le entró un pánico tal que hubiese echado a correr para desaparecer rápidamente de «Los Estanques».

Miró alrededor con desazón sin comprender qué era lo que le había asustado. Palideció y se enjugó la frente con el pañuelo. «Pero, ¿qué es esto? –pensó–. Nunca me había pasado nada igual. Será el corazón que me falla... Estoy agotado..., ya es hora de mandar todo a paseo... y a Kislovodsk...»

Y entonces el aire abrasador se espesó ante sus ojos, y como del aire mismo surgió un ciudadano transparente

y rarísimo. Se cubría la pequeña cabeza con una gorrita de jockey y llevaba una ridícula chaqueta a cuadros. También de aire... El ciudadano era largo, increíblemente delgado, estrecho de hombros y con una pinta, si me permiten, bastante burlesca.

La vida de Berlioz había transcurrido de tal manera que no estaba acostumbrado a ningún suceso extraordinario. Palideciendo aún más y con los ojos ya desorbitados, pensó horrorizado: «¡Esto es imposible!». Pero desgraciadamente no lo era: aquel extraño sujeto, a través del cual se podía ver, se mantenía flotante, balanceándose en el aire.

Le invadió una tremenda sensación de terror y cerró los ojos. Y cuando los abrió de nuevo, vio que todo había terminado. La neblina se había disipado, el tipo de los cuadros había desaparecido y, con él, la aguja que le oprimía del corazón.

–¡Buf! ¡Cuernos! –exclamó el redactor–. Sabes, Iván, por poco me desmayo de tanto calor. Hasta he tenido algo parecido a una alucinación... –Trató de sonreír, pero todavía le bailaba el miedo en los ojos y le temblaban las manos. Logró tranquilizarse. Se abanicó con un pañuelo y diciendo con una voz bastante animada: «Bueno, como decía...», siguió su discurso, interrumpido para tomar el refresco.

Este discurso, como se supo más tarde, era sobre Jesucristo. El jefe de redacción había encargado al poeta un largo poema antirreligioso para el próximo número de la revista. Iván Nikoláyevich había escrito el poema y en un plazo muy corto, pero sin fortuna, porque no se ajustaba lo más mínimo a los deseos de su jefe. Desamparado describió al personaje central de su poema –es decir, a Cristo– con tonos muy negros. Berlioz consideraba que tenía que hacer un poema nuevo. Y precisa-

mente en ese momento, él, Berlioz, se lanzó a toda una disertación sobre Cristo con el fin de que el poeta se percatara de su principal defecto.

Sería difícil decir qué había fallado en el artista: si la fuerza plástica de su talento o el total desconocimiento del tema. Pero el resultado fue un Cristo vivo, testimonio de su propia existencia, aunque con todos sus rasgos negativos.

Berlioz quería demostrar al poeta que se trataba, no de la maldad o bondad de Cristo, sino de que Cristo como tal, no existió nunca y que todo lo que se decía de él era puro cuento, un mito vulgar.

Hay que reconocer que nuestro jefe de redacción era un hombre muy leído y en su discurso citaba, con mucha habilidad, a los historiadores antiguos, al famoso Filón de Alejandría y a Josefo Flavio –hombre docto y brillante– que no hacían mención alguna de la existencia de Jesús. Exhibiendo una magnífica erudición, Mijaíl Alexándrovich comunicó, entre otras cosas, al poeta, que ese punto del capítulo 44 del libro 15 de los famosos *Anales* de Tácito, donde se habla de la ejecución de Cristo, no es más que una añadidura posterior y falsa.

Todo lo que decía el jefe de redacción era novedad para el poeta, que le escuchaba atentamente, sin apartar de él sus vivos ojos verdes, con frecuentes accesos de hipo y maldiciendo por lo bajo el sucedáneo de albaricque.

–No existe ninguna religión oriental –decía Berlioz– en la que no haya, como regla general, una virgen inmaculada que dé un Dios al mundo. Y los cristianos, sin inventar nada nuevo, crearon a Cristo, que en realidad nunca existió. Esto es lo que hay que dejar bien claro...

La voz potente de Berlioz volaba por el bulevar desierto y a medida que se metía en profundidades –lo que

sólo un hombre muy instruido se puede permitir sin riesgo de romperse la crisma— el poeta se enteraba de más y más cosas interesantes y útiles sobre el Osiris egipcio, bondadoso dios e hijo del Cielo y de la Tierra, sobre el dios fenicio Fammus, sobre Mardoqueo, incluso sobre Vizli-Puzli, el terrible dios, mucho menos conocido, que fue muy venerado por los aztecas de México. Precisamente cuando Mijaíl Alexándrovich le explicaba al poeta cómo los aztecas hacían con masa de pan la imagen de Vizli-Puzli, apareció en el bulevar el primer hombre.

Tiempo después, cuando en realidad ya era tarde, muchas organizaciones presentaron sus informes con la descripción de ese hombre.

La comparación de dichos informes no puede dejar de causar asombro. En el primero se lee que el hombre era pequeño, que tenía dientes de oro y cojeaba del pie derecho. En el segundo, que era enorme, que tenía coronas de platino y cojeaba del pie izquierdo. El tercero, muy lacónico, dice que no tenía rasgos peculiares. Ni que decir tiene que ninguno de estos informes sirve para nada.

Primero: el hombre descrito no cojeaba de ningún pie, no era ni pequeño ni enorme; simplemente alto. En lo que se refiere a su dentadura, tenía a la izquierda coronas de platino y a la derecha, de oro. Vestía un elegante traje gris, unos zapatos extranjeros del mismo color, y una boina, también gris, le caía sobre la oreja con estudiado desaliño. Llevaba bajo el brazo un bastón negro con la empuñadura en forma de cabeza de caniche. Aparentaba cuarenta años y pico. La boca, algo torcida. Bien afeitado. Moreno. El ojo derecho, negro; el izquierdo, verde. Las cejas, oscuras, y una más alta que la otra. En una palabra: extranjero.

Al pasar junto al banco donde se sentaban el redactor y el poeta, el extranjero los miró de reojo y, deteniéndose

se repentinamente, se sentó en un banco a dos pasos de nuestros amigos.

«Alemán» , pensó Berlioz. «Inglés», pensó Desamparado. «¿Y no le darán calor esos guantes?»

Entre tanto, el extranjero se había parado a contemplar los grandes edificios que, en forma de rectángulo, rodeaban el estanque. Evidentemente era la primera vez que estaba allí y el lugar le sorprendía. Detuvo la mirada en los pisos altos, en los cristales que deslumbraban con el reflejo quebradizo de un sol que se iba para siempre de Mijaíl Alexándrovich; y después en los primeros pisos, allí donde las ventanas empezaban a oscurecerse presintiendo la noche. Sonrió con indulgencia y entornó los ojos. Apoyó las manos en la empuñadura del bastón y la barbilla en las manos.

—Tu representación, Iván —decía Berlioz—, del nacimiento de Jesús, Hijo de Dios, es justa y satírica, pero la clave está en que antes de Cristo habían nacido toda una serie de hijos de Dios; como el Adonis fenicio, el Attis de Frigia o el Mitra persa. En conclusión, ni nacieron ni existieron ninguno de ellos. Y Cristo, por supuesto, tampoco.

—Es necesario que tú, en vez de describir el Nacimiento o la llegada de los Magos, relates los rumores absurdos de este acontecimiento. Porque, según lo mentas tú, da toda la impresión de que Cristo pudo nacer así.

Y al llegar aquí, Desamparado hizo un intento de terminar con el hipo que le seguía atormentando y contuvo la respiración. El resultado fue un ataque más agudo y doloroso. También entonces Berlioz tuvo que interrumpir su discurso, porque el extranjero se había levantado y se dirigía hacia ellos. Los escritores le contemplaban extrañados.

—Espero que ustedes me perdonen —dijo el caballero con acento extranjero, pero sin llegar a desfigurar las pa-

labras— por atreverme... sin haber sido previamente presentados... pero el tema de su docta conversación es tan sumamente interesante que...

Diciendo esto se quitó la boina con elegancia y a nuestros amigos no les quedó otro remedio que levantarse y hacer una leve inclinación. «No, más bien francés», pensó Berlioz.

«Polaco», pensó Desamparado.

Es preciso señalar que el extranjero causó una pésima impresión al poeta y que, sin embargo, a Berlioz le agradó; es decir, no es que le gustara sino, ¿cómo diríamos?, que más bien parecía interesarle.

—¿Me permiten que me siente? —preguntó el caballero cortésmente, y los escritores tuvieron que hacerle sitio. El extranjero se sentó entre ellos con prontitud y en seguida tomó parte en la conversación—. Si no me equivoco, usted acaba de decir que Cristo no ha existido —dijo volviendo hacia Berlioz su ojo izquierdo, el verde.

—No, no se equivoca —respondió Berlioz—, eso es exactamente lo que había dicho.

—¡Oh, qué interesante! —exclamó el extranjero.

«¿Qué diablos querrá éste?», pensó Desamparado frunciendo el entrecejo.

—Y usted, ¿estaba de acuerdo con su interlocutor? —se interesó el desconocido, volviéndose hacia Desamparado.

—¡Cien por cien! —asintió el poeta, al que le gustaban las expresiones afectadas y metafóricas.

—¡Sorprendente! —exclamó el entrometido interlocutor y, mirando furtivamente en derredor, redujo la voz, ya baja, a un murmullo y dijo—: Perdonarán mi insistencia, pero me parece entender que, además, no creen en Dios —y añadió con expresión alarmada—: ¡Les juro que no se lo diré a nadie!

–No, no creemos en Dios –contestó Berlioz con una ligera sonrisa, al ver la sorpresa del turista–. Pero es algo de lo que se puede hablar con entera libertad.

El extranjero se recostó en el banco y preguntó, con la voz entrecortada de curiosidad:

–¿Quiere usted decir que son ateos?

–Pues sí, somos ateos –respondió Berlioz sonriente. Desamparado pensó con irritación: «Este bicho extranjero se nos ha pegado como una lapa. ¡Pero qué tipo tan plomo!».

–¡Qué encanto! –gritó el extraño turista, girando la cabeza a un lado y a otro para mirar a los dos literatos.

–En nuestro país nadie se sorprende porque uno sea ateo –dijo Berlioz con delicadeza y diplomacia–. La mayoría de nuestra población ha dejado, conscientemente, de creer en todas las historias sobre Dios.

El extranjero, entonces, se levantó y estrechó la mano al sorprendido jefe de redacción mientras decía:

–Permítanme hacerles otra pregunta –dijo el invitado.

–Pero, ¿por qué? –inquirió Desamparado con estupor.

–Porque, como viajero, considero esta información de extraordinaria importancia –explicó el extranjero, levantando un dedo con aire significativo.

Desde luego, esta confidencia tan importante tuvo que impresionar mucho al forastero, que miraba asustado a las casas de alrededor, como si temiera la aparición de un ateo en cada ventana.

«No, no es inglés», pensó Berlioz. Y Desamparado pensó: «¡Cómo habla el ruso! ¡Qué bárbaro! ¡Me gustaría saber dónde lo habrá aprendido!», y de nuevo enarcó las cejas.

–Permítanme hacerles otra pregunta –dijo el invitado extranjero, después de meditar con cierta inquietud–. ¿Y

las pruebas de la existencia de Dios, que son cinco, como ustedes sabrán?

–¡Ah! –contestó Berlioz–, todas esas pruebas no significan nada hoy en día, la humanidad las archivó ya hace tiempo. No me negará que la razón no puede admitir ninguna prueba de la existencia de Dios.

–¡Bravo! –exclamó el extranjero–. ¡Bravo! Está usted repitiendo exactamente lo que nuestro viejo inquiridor Manuel opinaba de este asunto. Pero no olvide algo muy curioso: destruyó por completo las Cinco Pruebas y después, como burlándose de sí mismo, elaboró una sexta propia.

–La prueba de Kant –dijo el redactor sonriendo con benevolencia– tampoco es convincente; y no a humo de pajas dijo Schiller que los argumentos de Kant a este respecto sólo podrían satisfacer a los esclavos. Y Strauss se reía de su sexta prueba.

Mientras el extranjero seguía hablando, Berlioz se preguntaba: «Pero, ¿quién puede ser? Y, ¿cómo es posible que hable el ruso tan bien?».

–A ese Kant habría que encerrarle tres años en Solovki* –soltó de repente Iván Nikoláyevich

–¡Iván, por favor! –le susurró Berlioz azorado.

Pero la idea de enviar a Kant a Solovki no sólo no extrañó al forastero, sino que pareció entusiasmarle.

–¡Estupendo! –gritó. Y le brillaba el ojo izquierdo (el verde) mirando a Berlioz–. ¡Allí es donde debiera estar! Ya le decía yo mientras desayunábamos: «Usted dirá lo que quiera, profesor, pero se le ha ocurrido algo absurdo. Puede que sea muy elevado, pero resulta incomprendible. ¡Ya verá cómo se reirán de usted!».

A Berlioz parecían crecerle los ojos de asombro. «¿Desayunando... con Kant? Pero, ¿qué dice este hombre?».

* Isla del mar Blanco, antiguo lugar de deportación. (*N. de la T.*)

–Pero –continuó el extranjero, sin hacer caso del asombro de Berlioz y dirigiéndose al poeta– es imposible mandarle a Solovkí porque lleva más de cien años en un lugar mucho más lejano que Solovkí, y le aseguro que no hay modo de sacarle de allí.

–Pues yo lo siento –dijo el poeta agresivo.

–Y yo también –afirmó el desconocido. Y le brillaba el ojo–, pero a mí me preocupa lo siguiente: si Dios no existe, ¿quién mantiene entonces el orden en la tierra y dirige la vida humana?

–El hombre mismo –dijo Desamparado con irritación, apresurándose a contestar una pregunta tan poco clara.

–Perdone usted –dijo el desconocido suavemente–, para dirigir algo es preciso contar con un futuro más o menos previsible; y dígame: ¿cómo podría estar este gobierno en manos del hombre que no sólo es incapaz de elaborar un plan para un plazo tan irrisorio como mil años, sino que ni siquiera está seguro de su propio día de mañana? –Y volviéndose a Berlioz–: Figúrese, por ejemplo, que es usted el que va a disponer de sí mismo y de los demás, y que poco a poco le toma gusto; pero de pronto... resulta que usted... hum... tiene un sarcoma pulmonar –al decir esto el extranjero sonreía, como si la idea del sarcoma le complaciera extraordinariamente–, pues sí, un sarcoma –repitió la palabra sonora, entornando los ojos como un gato–. ¡Y se acabó su capacidad de gobierno! Todo lo que no sea su propia vida dejará de interesarle. La familia empieza a engañarle; y usted, dándose cuenta de que hay algo raro, se lanza a consultar con grandes médicos, luego con charlatanes y, a veces, incluso con videntes. Las tres medidas son absurdas, y usted lo sabe. El fin de todo esto es trágico: el que hace muy poco se sabía con el poder en las manos, se encuentra de pronto inmóvil en una caja de madera;

y los que le rodean, conscientes de su inutilidad le quemaron en un horno. Y hay veces que lo que sucede es aún peor: un hombre se dispone a ir a Kislovodsk –el extranjero miró de reojo a Berlioz–; puede parecer una tontería, pero ni siquiera eso está en sus manos, porque repentinamente y sin saber por qué, resbala y le atropella un tranvía. No me dirá que ha sido él mismo quien lo ha dispuesto así. ¿No sería más lógico pensar que fue otro el que lo había previsto? –y se echó a reír con extraña expresión.

Berlioz había escuchado con gran atención el desagradable relato sobre el sarcoma y el tranvía; y unos pensamientos bastante poco tranquilizadores comenzaban a rondarle por la cabeza. «No es un extranjero... ¡Qué va a ser! –pensaba–, es un sujeto rarísimo... Pero, ¿quién puede ser?».

–Me parece que tiene ganas de fumar –interrumpió de pronto el desconocido dirigiéndose al poeta–. ¿Qué prefiere?

–Pero, ¿es que tiene de todo? –preguntó malhumorado el poeta, que se había quedado sin tabaco.

–¿Qué prefiere? –repitió el desconocido.

–Bueno, «nuestra marca» –contestó rabioso Desamparado. El forastero sacó una pitillera del bolsillo y se la ofreció a Desamparado.

–«Nuestra marca»...

Lo que más sorprendió al jefe de redacción y al poeta, no fue que en la pitillera hubiese precisamente cigarrillos «Nuestra marca», sino la misma pitillera. Era enorme. De oro de ley. Al abrirla, brilló en la tapa, con luz azul y blanca, un triángulo de diamantes.

Al ver aquello los literatos pensaron cosas distintas; Berlioz: «No, es extranjero»; y Desamparado: «¡Diablos! ¡Qué tío!».

El poeta y el dueño de la pitillera encendieron un cigarrillo y Berlioz, que no fumaba, lo rechazó.

«Puedo hacerle varias objeciones –decidió Berlioz–. El hombre es mortal, eso nadie lo discute. Pero es que... »

No tuvo tiempo de articular palabra, porque el extranjero empezó a hablar.

–De acuerdo, el hombre es mortal, pero eso es sólo la mitad del problema. Lo grave es que es mortal de repente, ¡ésta es la gran jugada! Y no puede decir con seguridad qué hará esta tarde.

«¡Qué modo tan absurdo de enfocar la cuestión!», meditó Berlioz y le rebatió:

–Me parece que saca usted las cosas de quicio. Puedo contarle lo que haré esta tarde sin miedo a equivocarme. Bueno, claro, si al pasar por la Brónnaya, me cae un ladrillo en la cabeza...

–Pero un ladrillo, así, de repente –interrumpió el extranjero con autoridad– no le cae encima a nadie. Puedo asegurarle que precisamente usted no debe temer ese peligro. La suya será otra muerte.

–Quizá usted sepa cuál y no le importe decírmelo ¿verdad? –intervino Berlioz con una ironía muy natural, dejándose arrastrar por la conversación verdaderamente absurda.

–Desde luego, con mucho gusto –respondió el desconocido. Y miró a Berlioz de pies a cabeza, como si le fuera a cortar un traje. Después, empezó a decir entre dientes cosas muy extrañas: «Uno, dos... Mercurio en la segunda casa... la luna se fue... seis, una desgracia... la tarde, siete...», y en voz alta, complaciéndose en la conversación, anunció–: Le cortarán la cabeza.

Desamparado miró furioso, lleno de rabia, al impertinente forastero. Y Berlioz, esbozando una sonrisa oblicua preguntó:

–¿Y quién será? ¿Enemigos? ¿Invasores?

–No –contestó su interlocutor–, una mujer rusa, miembro del Komsomol*.

–¡Mmm! –gruñó Berlioz, irritado por la broma del desconocido–, perdone usted, pero me parece poco probable.

–También yo lo siento, pero es así –contestó el extranjero–. Además me gustaría saber qué va a hacer esta tarde, si no es un secreto, naturalmente.

–No es ningún secreto. Primero pienso ir a casa y después, a las diez de la noche, hay una reunión en el MAS-SOLIT que voy a presidir.

–Eso es imposible –afirmó muy seguro el extranjero.

–¿Por qué?

–Porque... –y el extranjero miró al cielo con los ojos entornados. Unos pájaros negruzcos lo rasgaban en silencio, presintiendo el fresco de la noche– porque Anushka ha comprado aceite de girasol y además lo ha derramado. Esa reunión no tendrá lugar.

Entonces, como es lógico, se hizo un silencio bajo los tilos.

–Por favor –dijo Berlioz después de una pausa con la vista fija en el extranjero que desvariaba–. ¿Qué tiene que ver el aceite de girasol?... ¿Quién es Anushka?

–Sí, ¡qué pinta aquí el aceite de girasol! –intervino de pronto Desamparado, que por lo visto había decidido declarar la guerra al inesperado interlocutor–. ¿No tuvo usted nunca la oportunidad de visitar un sanatorio para enfermos mentales?

–¡Iván! –exclamó en voz baja Mijaíl Alexándrovich.

Pero el extranjero no se molestó lo más mínimo y se echó a reír muy divertido. ¿Cómo no? Y muchas veces

* Unión de Juventudes Comunistas. (*N. de la T.*)

–dijo entre risas, pero sin dejar de mirar muy serio al poeta.

–¡He visto tantas cosas! Lo que siento es no haberme molestado en preguntar al profesor qué es la esquizofrenia. Por favor, pregúnteselo usted mismo, Iván Nikoláyevich.

–¿Cómo sabe usted mi nombre?

–¡Pero, Iván Nikoláyevich!; ¿quién no le conoce a usted? –El extranjero sacó del bolsillo el último número de la *Gaceta literaria* e Iván Nikoláyevich se vio retratado en la primera página sobre sus propios versos. Pero este testimonio de gloria y popularidad, que tanta alegría le deparrara el día anterior, parecía que ahora no le hacía ninguna gracia.

–Perdone, ¿eh? –dijo cambiando de expresión–. ¿Me permite un momento? Tengo que decirle una cosa al camarada.

–¡Por favor, con toda libertad! –exclamó el desconocido–. Me encuentro estupendamente bajo estos tilos; además, no tengo ninguna prisa.

–Oye, Misha –susurró al poeta, llevando a Berlioz aparte–, este tío ni es turista ni nada, es un espía. Es un emigrado que ha pasado la frontera. Pídele sus documentos, que se nos va...

–¿Tú crees? –dijo Berlioz preocupado y pensando para sus adentros: «Puede que tenga razón».

–Hazme caso –repitió el poeta–, se hace el tonto para indagar algo. Ya ves cómo habla el ruso –y el poeta hablaba mirando de reojo al desconocido por si escapaba–. Vamos a detenerle o se nos irá.

Y tiró del brazo de Berlioz conduciéndole hacia el banco.

El desconocido se había levantado y permanecía de pie. Tenía en la mano un librito encuadernado en gris

oscuro, un sobre grueso de papel bueno y una tarjeta de visita.

—Lo siento, pero en el calor de la discusión, he olvidado presentarme. Aquí tienen, mi tarjeta de visita, mi pasaporte, y la invitación a Moscú para hacer unas investigaciones —dijo con seriedad el extranjero, mientras observaba a los dos literatos con aire perspicaz.

Se azoraron. «¡Diablos!, nos ha oído», pensó Berlioz indicándole con un ademán que los documentos no eran necesarios. Mientras el extranjero le encajaba los documentos al jefe de redacción, el poeta pudo leer en la tarjeta la palabra «Profesor», impresa con letras extranjeras, y la letra inicial del apellido: una «W».

—Mucho gusto —murmuraba Berlioz muy cortado. El forastero guardó los documentos en el bolsillo.

Así se restablecieron las relaciones y los tres tomaron asiento.

—¿Ha venido en calidad de consejero, profesor? —preguntó Berlioz.

—Así es.

—¿Es usted alemán? —inquirió Desamparado.

—¿Yo...? —preguntó el profesor, quedándose pensativo—. Pues sí, seguramente soy alemán —dijo.

—Habla usted un ruso de primera —dijo Desamparado.

—¡Ah!, soy políglota y conozco muchos idiomas —respondió el profesor.

—Y, ¿cuál es su especialidad? —se interesó Berlioz.

—Soy especialista en magia negra.

«¡Lo que faltaba!», estalló en la cabeza de Mijaíl Alexándrovich.

—Y... ¿le han invitado a nuestro país por esa profesión? —preguntó recobrando la respiración.

—Sí, precisamente por eso —afirmó el profesor y explicó—: Han descubierto unos manuscritos originales en la

Biblioteca Estatal de Herbert de Aurilaquia, nigromante del siglo x. Y quieren que yo los descifre. Soy el único especialista del mundo.

–¡Ah! Entonces, ¿es usted historiador? –preguntó Berlioz aliviado, con respeto.

–Soy historiador –afirmó el sabio y añadió algo que no venía a cuento–: Esta tarde ocurrirá una historia muy interesante en «Los Estanques del Patriarca».

El asombro del jefe de redacción y del poeta llegó al colmo. El profesor hizo una seña con la mano para que se acercaran y susurró:

–Tengan en cuenta que Cristo existió.

–Mire usted, profesor –dijo Berlioz con una sonrisa forzada–, respetamos sus conocimientos, pero tenemos otro punto de vista sobre esta cuestión.

–No es cuestión de puntos de vista –respondió el extraño profesor–: simplemente existió, y eso es todo.

–Pero se necesita alguna prueba –comenzó a decir Berlioz.

–No se necesita prueba alguna –interrumpió el profesor. Y en voz baja, perdiendo repentinamente su acento extranjero, añadió–: Es muy sencillo: con un manto blanco forrado de rojo sangre; arrastrando los pies como hacen los jinetes, apareció a primera hora de la mañana del día catorce del mes primaveral Nisán...

2 Poncio Pilatos

Con un manto blanco forrado de rojo sangre, arrastrando los pies como hacen todos los jinetes, apareció a primera hora de la mañana del día catorce del mes primaveral Nisán, en la columnata cubierta que unía las dos alas del palacio de Herodes el Grande, el quinto procurador de Judea, Poncio Pilatos.

El procurador odiaba más que nada en este mundo el olor a aceite de rosas, y hoy todo anunciaba un mal día, porque ese olor había empezado a perseguirle desde el amanecer.

Le parecía que los cipreses y las palmeras del jardín exhalaban el olor a rosas, y que el olor a cuero de las guarniciones y el sudor de la escolta se mezclaba con aquel maldito efluvio.

Por la glorieta superior del jardín llegaba a la columnata una leve humareda que procedía de las alas posteriores del palacio, donde se había instalado la primera cohorte de la duodécima legión Fulminante, que había llegado a Jershalaím con el procurador. El humo amargo que indicaba que los rancheros de las centurias empezaban a preparar la comida se unía también al grasiento olor a rosas.

«¡Oh dioses, dioses! ¿Por qué este castigo?... Sí, no hay duda, es ella, ella de nuevo, la enfermedad terrible, invencible... la hemicránea, cuando duele la mitad de la cabeza, no hay remedio, no se cura con nada... Trataré de no mover la cabeza...»

Sobre el suelo de mosaico, junto a la fuente, estaba preparado un sillón; y el procurador, sin mirar a nadie, tomó asiento y alargó una mano en la que el secretario puso respetuosamente un trozo de pergamino. Sin poder contener una mueca de dolor, el procurador echó una ojeada sobre lo escrito, devolvió el pergamino y dijo con dificultad:

—¿El acusado es de Galilea? ¿Han enviado el asunto al tetrarca?

—Sí, procurador —respondió el secretario.

—¿Qué dice?

—Se ha negado a dar su veredicto sobre este caso y ha mandado la sentencia de muerte del Sanedrín para su confirmación —explicó el secretario.

Una convulsión desfiguró la cara del procurador. Dijo en voz baja:

—Que traigan al acusado.

Dos legionarios condujeron de la glorieta del jardín al balcón y colocaron ante el procurador a un hombre de unos veintisiete años. El hombre vestía una túnica vieja y rota, azul pálida. Le cubría la cabeza una banda blanca, sujeta por un trozo de cuero que le atravesaba la frente. Llevaba las manos atadas a la espalda. Bajo el ojo izquierdo el hombre tenía una gran moradura, y junto a la boca un arañazo con la sangre ya seca. Miraba al procurador con inquieta curiosidad.

Éste permaneció callado un instante y luego dijo en arameo:

—¿Tú has incitado al pueblo a que destruya el templo de Jerushalaím?

El procurador parecía de piedra, y al hablar apenas se movían sus labios. El procurador estaba como de piedra, porque temía hacer algún movimiento con la cabeza, que le ardía produciéndole un dolor infernal.

El hombre de las manos atadas dio un paso adelante y empezó a hablar:

–¡Buen hombre! Créeme...

El procurador le interrumpió, sin moverse y sin levantar la voz:

–¿Me llamas a mí buen hombre? Te equivocas. En todo Jershalaim se dice que soy un monstruo espantoso y es la pura verdad –y añadió con voz monótona–: Que venga el centurión Matarratas.

El balcón pareció oscurecerse de repente cuando se presentó ante el procurador el centurión de la primera centuria Marco, apodado Matarratas. Matarratas medía una cabeza más que el soldado más alto de la legión, y era tan ancho de hombros que tapaba por completo el sol todavía bajo.

El procurador se dirigió al centurión en latín:

–El reo me ha llamado «buen hombre». Llévatelo de aquí un momento y explícale cómo hay que hablar conmigo. Pero sin mutilarle.

Y todos, excepto el procurador, siguieron con la mirada a Marco *Matarratas*, que hizo al arrestado una seña con la mano para indicarle que le siguiera. A Matarratas, siempre que aparecía, le seguían todos con la mirada por su estatura, y también los que le veían por primera vez, porque su cara estaba desfigurada: el golpe de una maza germana le había roto la nariz.

Sonaron las botas pesadas de Marco en el mosaico, el hombre atado le siguió sin hacer ruido; en la columnata se hizo el silencio, y se oía el arrullo de las palomas en la glorieta del jardín y la canción complicada y agradable del agua de la fuente.

El procurador hubiera querido levantarse, poner la sien bajo el chorro y permanecer así un buen rato. Pero sabía que tampoco eso le serviría de nada.

Después de conducir al detenido al jardín, fuera de la columnata, Matarratas cogió el látigo de un legionario que estaba al pie de una estatua de bronce y le dio un golpe al arrestado en los hombros. El movimiento del centurión pareció ligero e indolente, pero el hombre atado se derrumbó al suelo como si le hubieran cortado las piernas; pareció ahogarse con el aire, su rostro perdió el color y los ojos la expresión.

Marco, con la mano izquierda, levantó sin esfuerzo, como si se tratara de un saco vacío, al que acababa de caer; lo puso en pie y habló con voz gangosa, articulando con esfuerzo las palabras arameas:

—Al procurador romano se le llama hegémono. Otras palabras no se dicen. Se está firme. ¿Me has comprendido o te pego otra vez?

El detenido se tambaleó, pero pudo dominarse, le volvió el color, recobró la respiración y respondió con voz ronca:

—Te he comprendido. No me pegues.

En seguida volvió ante el procurador.

Se oyó una voz apagada y enferma:

—¿Nombre?

—¿El mío? —preguntó de prisa el detenido, descubriendo con su expresión que estaba dispuesto a contestar sin provocar la ira.

El procurador dijo por lo bajo:

—Sé mi nombre. No quieras hacerte más tonto de lo que eres. El tuyo.

—Joshuá —respondió el arrestado rápidamente.

—¿Tienes apodo?

—*Ga-Nozri*.

—¿De dónde eres?

—De la ciudad de Gamala —contestó el detenido haciendo un gesto con la cabeza, como queriendo decir